

Confesiones (2024)

Gerardo Buendía

A Coacalco

1.

Hola, que tal

Hola, que tal. Yo soy el otro. No tengo nombre.
Nací en el abismo, junto a monumentos de piedra
que alguna vez articularon una ciudad de agua.
Mi calle tiene su imagen. Mis plantas son su dogma.
Lonas tricolores decoran fachadas
a las que ha contorneado el tiempo
con su violencia modulada, acaso repartida
en bolsas de plástico translúcido con una sonrisa dibujada.
Sobre las puertas listones negros, listones azules, listones amarillos. Son todos lo mismo.
Se desplazan bajo nosotros, pregonan algo. Susurran. Me reparan.
Anuncia tu quemadura, me dijeron. Esas quimeras, suenan afuera, llevan violines consigo.
Placer y olvido. Campanas de cemento. Polvo sobre cuerpos desmembrados.
El recuerdo magullado, la flor marchita, todavía no encuentro el sendero
que me lleve a la luz.

Hola, que tal. Yo soy la mugre. Me forma el lodo.
Entre espinas de cristal muere mi cuerpo cada vez que abro los ojos.
Por supuesto que he llorado para despedirme del futuro, lo he dicho antes.
Pues, la muerte se pasea encima de mi armario.
Instantes sórdidos, después la herida, nunca hay gritos.
Entretanto, mi hermano pequeño al fondo de la sala juega con sus tenis de
aluminio;
desea que su inocencia dure otro par de años.
Luego, camino, sin embargo. Caída en derredor de los mismos atavíos.
Pabellones de cartón y arena me sujetan.
Una supuesta belleza decora mis párpados. Se enmohecen más rápido
con alcohol y pólvora,
lo leí en alguna parte.
Publicidad, ilegalidad, enfermedad, epitafio, muchas palabras,
derrumban nuestra estirpe; al cabo se repiten;
finalmente, bandera reciclada de color fluorescente. Aparece cada tanto.
A veces como amuleto, a veces como máscara, a veces deuda, a veces elixir.

Si, creo que terminaré como todos. No recuerdo si lo pensé antes. Te lo dije.
Conquista e iracunda demora, en conclusión. Contaminan todo. Ellos se levantan.
No llega la ayuda. No llega la vida. No llega el tiempo ni sus figuras de porcelana.
Deambula por allí, no obstante, el azúcar envuelto
en la carreola junto al recién nacido.

 No se cansará
 ni le pegará el sol
ni tendrá llagas.

En resumen: atención, dolor, memoria. Se expone en un museo.
A la postre, somos sólo palabras que alguien más pronuncia
cómo telón
para su propio relato.

2.

Confesiones

A veces creo que en realidad
mis palabras están más que vacías.
Porque desde niño pensé más bien en rap,
nunca en componer poesía.
Supongo que así son los días:
contrariedad acumulada
bajo pabellones de cristal
donde deambula el cuerpo.

Pero, la vida me llevó por distintos lugares
Y ahora en estos ruinosos lares
escribo
sobre la oscuridad de la frontera,
sobre el sudor de la clase obrera,
sobre mis propias heridas
que no son más que el mismo paisaje urbano
donde deambula la suerte buscando remedios
para curar el tiempo muerto
que llevamos en las palmas.

(Ya no me entiendo.
Alguien me pide que escriba otra cosa,
que hable del amor,
que hable sin tanta tristeza.
Pero, yo no puedo.
Cuando escribo
recuerdo
a mis vecinos olvidados,
a mis amigos muertos,
a mi herencia quebrada,
a mi futuro de porcelana
mitificado ya por otras almas vagabundas
que cuentan mi historia).

(Porque yo crecí en el lodo
donde se venden gramos de polvo
para ganarse una hora extra.
No escribo por moda ni para que me noten
ni para que recuerden mi nombre,
sino para que vean esta herrumbre
a la que llamamos casa
en este lado del paraíso.
Colección de sombras entre serpientes,
pero aquí no llegan los dioses emplumados
sino sus ecos
erosionados
en cajas de despensa
con un logo diferente).

3.

La fórmula para escribir

[Parte 1]

En ocasiones la gente alrededor pregunta

si aprendí a escribir en algún lado.

Ellos creen que esto se hereda

o se obtiene en una caja de regalo.

(Es esto muy triste).

Me piden consejos, me piden autógrafos,

que dé charlas en auditorios

de universidades vacías;

me piden, claro, que les obsequie la fórmula

para escribir con la sangre de la ciudad sobre el cuerpo;

pero, yo sólo sé que bailo, quizás torpemente,

sobre vidrios rotos

de edificios caídos,

de calles quemadas

intentando decir algo.

(Es esto muy triste).

Es un aviso, insisto,

que va más allá de mí,

que va más allá del poema en sí

que trata de algo más.

[Parte 2]

Porque para aprender a escribir, es esta la fórmula:

primero se escribe con dolor,

luego con la ausencia,

luego con nostalgia;

porque al principio escribir quema, te agota, te oxida, te retiene,

te asfixia de a poco,

te hace creer que vas descubriendo el hilo negro,

crees que todo es profundo,
que el cielo te habla, que la puerta te llama,
crees que el fuego tiene tu nombre,
que las nubes dialogan contigo,
crees que los poemas son accidentes contorneados, como siluetas de futuro,
que todas las señales son para ti o de ti o por ti o que te atraviesan.
(Cada palabra por tanto cuesta lágrimas y sangre, claro, porque el proceso no es sencillo;
es decir, cada conjugación implica noches en vela
en plena oscuridad,
aunque hay frente a ti un espejo limpio la palabra cuesta).
Sin embargo, avanzan en círculos las frases
hasta que se repiten.
Y entonces por fin se tejen sobre el reloj los significados,
dan sus vueltas
sin poder sostenerse
porque todo estaba dicho en primera persona.
Y así nunca sirven.

[Parte 3]

Claro, después uno entiende
que escribir va más allá de traducir el reflejo,
que ya no basta con mirarse al espejo
ni habitar el adentro, incendiándose, ensimismándose
entre los mismos laberintos.
Porque ya hay suficientes poemas de amor afuera,
suficientes cuentos de terror, suficientes frases,
suficientes despedidas, suficientes ausencias,
suficientes novelas que desmenuzan la tristeza
o el olvido, o la vida en la playa, o el deseo
de viajar lejos para dejarlo todo.
(Es decir, debe haber algo más al fondo).
Y de eso se trata al fin y al cabo.

[Parte 4]

Y allí el proceso es el siguiente:

primero, preguntarse, por supuesto,
si todo este tiempo ha creado atmósferas, escenas, mundos,
o si en realidad sólo ha transcrito lo que alguien escribió años antes.
(Es esto muy triste).

Porque no hay creatividad en actualizar la Odisea a un nuevo lenguaje.

Porque aunque es cierto que nadie es original en este tiempo
no es lo mismo copiar que aprehender, ni es lo mismo referenciar que componer
aunque el ejercicio se parezca.

Porque no es el mismo acto el de pintar un paisaje al óleo
que el de ser paisajista.

Por ejemplo, la arquitectura. No se mide por metro cuadrado.

Por ejemplo, la labor del escritor. No se mide por libros publicados.

Porque una frase no puede sostener un edificio,
pero si puede posibilitar presencias que le den sustento.

Porque aunque la fórmula es sencilla:

escribir más experiencia igual a un poema;

la verdad es que la poesía no se mira hacia adentro
como buscándose, simplemente se revela
frente a uno
y luego se esfuma.

[Parte 5]

Y es que eso yo veo en la gente emergente:

escriben hasta que están inspirados.

Le llaman inspiración a la catarsis
y al quebranto, al llanto, al hundimiento.

Se confunden.

Artistas pintan un incendio sobre un muro,
luego el humo, luego la ceniza,
y validan todo

diciendo que así se sienten
porque así ya nadie puede fragmentar su discurso
ni trazar su silueta.

[Parte 6]

Pero, hay que reforestar el bosque,
ellos se alejan.

Se esconden
tras sus mismas máscaras.

Eso no es mío, dice alguien.

A la distancia una flor llora.

Sobre mi poema hay pabellones de cemento, alza la voz el reloj, como discutiendo.

Hay estatuas de barro dentro de la galería.

Se acumulan.

Pensé que los habías visto antes. Se responden ellos.

De eso habla esta exposición:

de cuando vas al mar

y entre las olas sólo eres capaz de verte a ti mismo.

4.

Las batallas

Se esconderá cuando pinten de blanco esos muros.

Entonces sabrá que el lugar que quiso como suyo

por tantos años

ahora tiene otro dueño.

[Ellos dirán que les he copiado sus imágenes
para usarlas como mías.
Y dirán seguramente que soy sólo un personaje
hecho de partes de otros objetos.
Pero, yo sólo puedo responderles,
sin limitarme a explicarles cómo ha surgido todo.
Tan sólo me pregunto:
¿Cómo es que un monstruo se fija en un susurro?
¿No será que este le teme
a su profundidad?].

Y ya entrando en materia, pensé también
en tirar *hate* y hasta poner nombres.
Pero, luego recordé eso que decía Canser:
que habrá quienes quieran provocarte
nomás pa' que los saques de su agujero negro.
Y yo ahora nomás estoy decepcionado (o abrumado).
Porque hay personas que no saben bien
que yo nací en esta isla, pero crecí en lo hondo, (vaya, en la periferia);
y no saben, para nada, ni tienen idea,
que desde niño toqué la oscuridad hosca;
porque vi la noche llegar apenas despertaba cada día,
vi morir a amigos, incluso, entre la aurora, sobre la misma ruina;
a unos porque los mató la calle desierta
con sus tinieblas polvorientas
frente a mis ojos machacados,
y esos otros que se fueron porque estaban tristes, y se sentían solos,
y no resistieron
y no pude ayudarlos
ni aunque lo quise tanto.

Nunca sabrá nadie cuánto
he tenido que enfrentar, pues, y ni se lo imaginan.
Porque todos allá afuera leen los poemas frágiles
y piensan que sólo lo he soñado, o imaginado, o repensado,

o he sabido sensibilizarme frente a historias de lugares recónditos.

Nada de eso. De hecho,

por eso repudio un poco los versos románticos,

de esos literatos que sólo hablan de sexo,

de amor, de pasión, de recordarse.

Porque allá afuera suceden otras cosas:

muere la voluntad el sol cuando nos toca,

y a veces, solamente a veces,

se pasea como si nos quisiera de siempre

a todos los otros.

[Porque mientras alguien se pregunta:

¿qué es un poema?, ¿qué es una fotografía?,

hay otros que preguntan: «¿cómo corregimos la desigualdad?».

Arquitectos, artistas, investigadores, toda esa gente fingiendo abrazar la mala suerte,

también se lo preguntan, o eso a veces parece;

producen instalaciones para comunidades marginales,

pero en el registro quienes salen

son sus mismos amigos.

Así de paradójica es nuestra filosofía moderna, *contempo*, *aesthetic*.

Tenemos retazos de cuerpos, como espejo, en un comercial.

Con el mismo presupuesto podría construirse un hospital nuevo.

Y yo sé que no debo decir estas cosas.

Pero, es que me duele esta realidad que me acosa lentamente.

Porque incluso las escuelas dejaron de producir vacunas

para esta enfermedad a la que llamamos desarrollo].

Pero, ah...

No sé cómo responderme.

Y creo que por eso escribo, después de todo, (finalmente acabará).

6.

No tengo tiempo para buscarte

Perdóname, mi amor, no tengo tiempo para buscarte.

Desde hace unos días me he ocupado en otras cosas.

Siento que sea así después de todo, sé que lo advertiste,
pero no puedo detenerme ahora que me rompo en tantas partes.

No puedo.

Principalmente porque deambulo por la ciudad de noche y voy a ciegas
tratando de encontrar una pócima que cure esta lenta muerte.

Porque no son sólo llantos y recuerdos lo que me sucede,
pues siento que algo más grave baila al interior de mi memoria.

Y no sé si es dolor mezclado con ausencia, tristeza, o sólo pausa.

O si será la suma del quebranto y el tiempo en bucle dibujándome.

Porque hasta ahora sólo he encontrado polvo en bolsas mágicas, he decirte,
me hace olvidar cómo me siento cuando escucho tu nombre en la lejanía.

Por eso, mi amor, no tengo tiempo para buscarte después de todo.

Ni yo mismo sé dónde estoy detenido ahora, lo confieso.

Pero, tampoco quiero que busques mi rastro ni mi presencia. Sólo escóndeme.

Sólo un rato.

Es decir, no quiero hacerte daño.

Sólo déjalo ir. Y da la vuelta.

Quizá así nos encontremos luego de un par de años, por supuesto,
tal vez entonces sepa explicarte

de qué color es el laberinto o que tan frías son sus paredes de agua
en las que me hundo.

7.

Borrador 2

Sé que muchos me odian. Y sé que me lo he ganado.

Porque a veces abuso de ser radical o simplemente no me entiendo.

He matado y he muerto, claro, pero, a veces sin recordarme

ni recordar a quien me ha hecho daño.

En realidad no sé si importa que lo diga.

Es decir, a veces paseo por la calle, insisto, como si nada,

y cuando la gente me habla yo no respondo.

(Pero, creo que esta vez es diferente).

Sé que eventualmente actúo como un niño.

Sé también que habito un castillo de arena, quizá tontamente,

y sé que algunos me han hecho burla por ello.

Se han burlado de mi tamaño, por ejemplo,

o de que hablo más rápido de lo que puedo pensar una frase.

Han hecho chistes de mi herencia, por supuesto, y han hablado acaso de mi suerte
atrapada en una especie de nostalgia radioactiva.

Sé han burlado de cuando caigo, sin abrazar mi duelo, sin abrazar mi esperanza

y han deseado mi muerte, intensamente,

sólo por herir su ego con mi palabra descalza,

y sé bien que han hablado a mis espaldas de mis ideas,

y las han tachado de extrañas, subversivas, trágicas,

compuestas de objetos clandestinos

o que están rotas,

o que son copias,

o que no sirven para la vida.

Sé que han repudiado mis poemas, sé que han odiado mis lamentos,

se han burlado de mi manera de ver las cosas, y de mi miedo por declamar un verso
que hable de la infancia sobre escombros de otros infiernos.

Me hacen burla ahora de qué sigo escribiendo, por ejemplo, y nunca he
publicado un libro

o expuesto mi obra.

Me hacen preguntas sólo para intentar tener un chisme, una historia,

que los valide a ellos por un momento. Por un momento me usan.

Ah.

Pero, yo no miento. A mí eso no me importa ni me interesa.
Como no me interesan ya las batallas, la fama, los premios o las medallas.
A mí me interesa, por un lado, disfrutar el vaivén, y por el otro, crear lenguajes,
pensar cosas nuevas, o provocar en las viejas una nueva sombra
con la cual desmenuzar el mañana desde mi alcoba.
Porque para hablar de drogas, de sexo o de nuevas modas, ya hay mucha gente
sampleando las mismas rolas.
(O, quién sabe. Ja).
Claro, no soy una oveja blanca, también he pecado y tengo mis traumas,
aunque mi consuelo es ahora que nunca lo hice para sentirme más grande
sino para olvidar lo olvidado y no percibir que estaba muriendo
frente al amor de mi vida mientras ella lloraba.
Quizá es mi codicia, al fin y al cabo: pensar que todo puede ser distinto.
Y enfrentar el futuro como si fuera posible.
Sé que muchos me critican por eso, y sé que muchos se han ido por eso.
Sé que otros me tildan de *toy* porque no hablo el lenguaje de la calle, según ellos,
porque uso palabras bizarras para comunicar lo que pienso.
Sé que se quejan porque ocupo expresiones de otras latitudes, de viejas tempestades.
Aunque también sé hablar con groserías y fábulas ficticias, decir que he chingado
o he cogido, o me han hecho pendejo. Entre tantas cosas.
Yo no creo que sea por ahí todo eso.
Me refiero a que el lenguaje de la calle es más bien la muerte y la tranza. Ja.
Pero, claro, ¿qué van a saber ellos?
Se sienten malandros por llegar con su billete de veinte a un punto
o por escuchar reggaeton en un antro recóndito mientras se mueven las luces
junto con sus recuerdos reunidos en la cima de un *popper*.
Y las cosas no son así de sencillas, porque en ese lugar al que van a bailar
ellos para sacarse el aroma a escritorio,
también se discute
sobre quien se ve a ganar la bala en su cumpleaños
y quien va a celebrarlo con un *shot* de *Bacacho*.
Y no es que yo exagere o que lo exclame, pero es que hay personas que no saben
lo que es ver morir a tu amigo a unos centímetros
o ver cómo el alma se esfuma en un segundo de un cuerpo
que siempre viste contigo, acompañándote.
Y por no hablar de los secuestros, las estafas, o los violadores, el hampa
y toda esa raza, que eso es lo que significa calle: mezcla de oportunidad y

ultranza, insisto, cadáveres exquisitos decoran cadáveres reales,
y mientras en la casa uno siente el cobijo
otros se cobijan con cajas de cartón y rezan bajo
para que por lo menos consigan trabajo de lo que sea, pero que sea algo
que cure su hambre.

Y no hablemos de la herrumbre sobre los prostíbulos ilegales
ni de esas putas que me abrazaron cuando estaba perdido.

Porque la ciudad tiene todo eso:

ayer vi como tirotearon a un taxista, y ese mismo sicario luego me obsequió un abrazo
y una feria pa' olvidarme que mamá se había ido con otro wey.

Por eso yo no quiero ser ejemplo para nadie.

A mi no me hace falta

que se aprendan mi nombre ni que me lean

debajo de todo lo demás.

8.

Los salvajes

Se movió sin querer
sobre un desierto.

Allí puso su estatua de cobre.

Luego, construyó una calle, le puso su nombre.

Luego una tienda. Luego un cementerio.

Al cabo de dos meses instaló una carpa de circo
por encima de todo.

Cobró la entrada.

Sólo había función los domingos.

9.

No-lugar

Sigue cuestionando

porqué mataron a la lluvia.

Ellos respondieron. Ella no escuchó.

Ahora un carrito de supermercado le pregunta

si un estacionamiento es una casa. O porque se parecen tanto.

No pudo responder, sin embargo.

Luego, se le olvidó la pregunta.

10.

Irreverente, fácil (Bad Bunny, Pablo Neruda y yo)

Puedo escribir los versos más guarros esta noche.

Ja.

Escribir, por ejemplo: «la noche esta *bellaca*'
y perrean, ardientes, los astros, hasta el suelo».

O eso creo. O eso me dijeron. Alguien la puso. Hey.

El viento de la noche gira en la cama y canta, se sacude.

Yo lo sé, yo lo sé. Ella me dijo.

Puedo escribir los versos más cabrones esta noche. *Ja. Sin compromiso.*

Ah. Ah.

Yo la chingué, *yo la chingué*, y a veces ella también me chingó.

Yo lo sé, yo lo sé. Por eso repite.

En las noches como ésta la tuve entre... Mmmm... *Si me permiten.*

La besé tantas veces bajo... Ella se baja. Es el cielo infinito. *Así la quise.*

Ella me quiso, a veces yo también la quería.

Como no haber amado sus grandes ojos finos. *Ja.*

Pero si tiene' un culo cabrón, mamita, no me hago pendejo.

Puedo escribir los versos más reales esta noche.

Pensar que aquí la tengo. Sentir que se ha mojado, por ejemplo. *Ja.*

Oír la noche inmensa, más inmensa dentro de ella.

O encima de mí.

Y el verso cae al alma como pasto al rocío.

Pero, corazón, aquí no somos poetas sino estrellas con un chingo de vicio'.

Qué importa que mi *feeling* no pudiera enamorarla.

La noche está estrellada y ella está conmigo. *Hey.*

Eso es todo. A lo lejos alguien canta. A lo lejos
alguien perrea.

Mi alma no se contenta con haberla perdido.

Pero, ella sigue en el cuarto. Ja.

Perdidita y todo, pero culiando

pa' olvidar a su wey

que la quiso tanto,

sin entenderla bien.

11.

Pa' mis haters

No todo lo que se escribe en verso es poesía,
como no toda la poesía habida cabe en un verso.
Porque a veces para hacer poemas no bastan las frases, las imágenes ni los besos,
pues,
hay poemas que no se escriben, o se dictan o se pronuncian con el tacto.
Ecos raros. Silencio. Artefactos, al fin y al cabo.
Es decir, existen sólo porque dos o más presencias
alrededor
se instalan
para develar su forma abstracta
(nunca para heredar su jugo
ni compartir su sustancia).
Contenido + Ritmo = Un poema de poemas. (Un poema largo).
Si fuera fácil cualquiera podría nombrarse poeta, claro,
ir a fiestas, llorar un poco
y redactar luego su experiencia
como una lista de supermercado.
No. No. No.
Tampoco bastan las palabras, mucho menos decoraciones
ni historias ni fronteras ni fábulas *random*.
Por ejemplo, cualquiera puede escribir:
*«pululante oteo
en la otredad
se revela»*.
En lugar de decir:
*«vi revelada mi condición de extraño;
preguntaron ellos:
¿Por qué no había venido antes?
Yo no supe si se referían a mí»*.
[Como sea. Vuelvo al origen. Vuelvo al desvelo]
[epílogo-encuentro-persona-anclaje]
De cualquier forma, hay cuatro clases de poetas:
deambulan, van, allá-vienen.

Más vale un resumen:

En primer lugar están quienes escriben.

Como si el acto mismo de escribir fuera sagrado, sinónimo
de crear, profundizar, conducir, depurar, sostener, quebrar, dilucidar, habitar, desvanecer, y
tantos verbos, todos reunidos.

Los segundos, cavilo, más bien danzan
disfrazados de lenguaje, esparciendo tropos y atavíos
a cambio de dulces.

Escriben a mano, la mayoría de ellos con pluma fuente.

En sus cuadernos pueden leerse poemas como:

*«una especialidad matérica, de voluntad pétreo,
confinada por dos pares de horizontes.*

Allí instalé mi mirada».

Bien pudiendo escribir: *«me quedé viendo el cuarto de concreto».*

La tercera clase publica poemarios, por supuesto,
como fingiendo que han encontrado la clave
para describir el mundo. En otras palabras, adjetivar su objeto
para dar cadencia a su decadente atisbo.

Pero, oye, ahora son autores reconocidos.

Ah, sí, la cuarta clase, sin embargo. ¿Verdad? No me olvido.

Esa clase sólo se burla de las tres primeras, ya lo he dicho antes.

No escribe, se deja escribir.